

# “Iván Ilich”: la contraproductividad de la sociedad de los servicios

Robert, Jean

2000

---

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3548>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

## IVÁN ILLICH: LA CONTRAPRODUCTIVIDAD DE LA SOCIEDAD DE LOS SERVICIOS

Jean Robert\*

Muchos cuernavaquenses ignoran o han olvidado que en los años sesenta y setenta el nombre de su ciudad fue célebre en el mundo entero. Cuernavaca debió esta celebridad al Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) fundado por Iván Illich y amigos. El CIDOC fue una extraordinaria *thinkery*, un “lugar para pensar” al que acudían los intelectuales más inquietos de los cuatro continentes.

Quizás valga la pena recordar no tanto los nombres de los participantes sino los temas abordados por ellos. Unos famosos periodistas europeos, el alemán Gordian Tröller y la francesa Marie-Claude Defarge, realizaron un reportaje en el que calificaron al CIDOC como la cocina del porvenir. Quizás hubiera sido más apropiado decir que era un lugar donde se escribía la historia del presente.

Karl Polanyi, autor que Illich admira mucho, subtuló su famoso libro *La gran transformación* con la siguiente frase: “Los orígenes de nuestro tiempo”. En el CIDOC de Cuernavaca se reunían intelectuales y activistas de todo el mundo para tratar de entender la modernidad en una perspectiva histórica y crítica. En aquellos años se había popularizado una primera crítica de la sociedad industrial moderna. Era el “Reporte del Club de Roma”, que los esposos Meadows redactaron bajo el título *Los límites del crecimiento*. El postulado de este libro, escrito por los primeros expertos que se valieron de modelos construi-

---

\* Arquitecto de origen suizo, nacionalizado mexicano; discípulo de Ivan Illich. Autor, entre otros libros, de *La traición de la opulencia*. La revista *Ixtus, Espíritu y Cultura*, de la que Robert es miembro del consejo de redacción, consagra el número del verano de 2000 a Illich, gran pensador y crítico de la sociedad actual.

dos en computadoras, es que la tierra no está hecha para soportar los efectos del crecimiento industrial. El impacto negativo del proceso de producción provocaría inevitablemente una ruptura del equilibrio del medio natural. Pero los mismos expertos creían tener en sus manos la solución de esta crisis. Es necesario, decían, pasar de una economía fundada en la producción de bienes materiales a otra, basada en la producción más benigna de “bienes” inmateriales. En otras palabras, había que transitar progresivamente de una economía de “producción de mercancías” a otra de “producción de servicios”.

Desde el CIDOC, Illich levantó su voz para denunciar lo que él consideraba un peligroso error. Argumentó que la producción intensa de “servicios” haría aún más daño a la cultura del que había hecho la producción de “mercancías” a la naturaleza.

Por lo tanto, muchos de los debates del CIDOC se concretaron en la primera crítica coherente de los “servicios” y de las “profesiones” que los ofrecen al público. Año tras año se vio cada vez con mayor claridad que los miembros de las grandes profesiones —salud, educación, planificación del espacio, transportes— son formaciones muy distintas de los oficios de antaño. Éstos trataban de corresponder a los deseos de los usuarios. En cambio, las grandes profesiones se arrogan ahora el derecho de “definir las necesidades” del público. En otras palabras, crean institucionalmente las necesidades que ellas mismas necesitan para asentar su poder sobre la sociedad.

Esta crítica de la economía de los servicios llevó a la formulación de varios conceptos que permiten entender la sociedad moderna. ¿Qué es lo que hoy los economistas llaman “servicios”? Son bienes inmateriales producidos institucionalmente, según normas que garantizan el poder de las profesiones correspondientes. En este sentido, son el polo opuesto, o mejor dicho, la “corrupción” de la noción cristiana de “servicio al prójimo”. Este servicio —que los Padres de la Iglesia llamaban *diakoneia* (diaconía)— era un acto de humildad.

¡No hay ninguna humildad en la impartición de los servicios modernos! Las grandes profesiones establecen “monopolios radicales” sobre la satisfacción de necesidades elementales. Consideren por ejemplo el transporte motorizado. Muchos llegan a los lugares a los que tienen que ir en su coche privado y, no sin razón, dirán: “no hubiera podido llegar de otra forma”. Pero lo que no quieren ver es que,

antes de satisfacer su deseo de desplazarse, las infraestructuras de transporte hicieron que su satisfacción con el uso de otros medios — caminar, andar en bicicleta— se volviera imposible o peligrosa.

El monopolio del transporte sobre la circulación se ha vuelto más penetrante que cualquier otro monopolio comercial, como el que Ford puede ejercer sobre el mercado de los automóviles, o el monopolio político que los fabricantes de coches pueden esgrimir contra la competencia de los ferrocarriles y de los autobuses.

Illich escribe:

Por su carácter disimulado, su atrincheramiento, su poder para estructurar la sociedad, este monopolio es radical: obliga a satisfacer de manera industrial una necesidad elemental hasta ahora satisfecha de forma personal. El consumo obligatorio de un bien de cambio, el transporte motorizado, restringe las condiciones de poder gozar de un valor de uso superabundante, la capacidad innata de transitar [a pie]. La reorganización del espacio a favor del motor vacía de poder y de sentido la capacidad innata de moverse. La circulación nos sirve de ejemplo para formular una ley económica y política general: cuando un producto excede cierto límite en el consumo de energía por cabeza, ejerce un monopolio radical sobre la satisfacción de una necesidad..

No es difícil encontrar ejemplos del ejercicio de monopolios radicales por los profesionistas de la educación o la medicina. Piensen, por ejemplo, en la verdadera esterilización de las actividades intelectuales no-curriculares por las instituciones educativas; en la desvalorización de las formas de conocimiento autodidactas, es decir, no homologadas por instituciones educativas; o piensen en la creciente dictadura del “doctorado” sobre las actividades académicas. Por su parte, la medicina moderna no ha establecido su monopolio radical sobre la salud sin desvalorizar y hasta prohibir legalmente los poderes curativos tradicionales de las parteras, de las abuelas o tías, de los hueseros, yerberos y sobadores. Afortunadamente vivimos en un país en el que las tradiciones han sabido resistir a las profesiones, hasta la fecha.

En la raíz de todo monopolio radical hay una ruptura de equilibrio entre los “poderes autónomos” de la persona (lo que puedo hacer por mí mismo) y los “poderes heterónomos” de instituciones sobre las personas. Illich ha acuñado dos expresiones sinónimas para describir

este conflicto, que es una desposesión de la persona por instituciones: la “sinergia negativa” entre autonomía y heteronomía o la “contraproductividad”. Los grandes seminarios, que dos veces por año atraían gente pensante de todos los países a Cuernavaca, fueron evaluaciones despiadadas de la contraproductividad de las instituciones dominantes de la sociedad industrial: los transportes motorizados paralizan, la educación esteriliza la inteligencia popular, la medicina expropia la salud de la gente y, al final, enferma de múltiples maneras.

A partir de 1976, Illich plantó su tienda bajo otros cielos y ha explorado otros temas: el género vernáculo, una dualidad antropológicamente fundamental, remplazada progresivamente por otra, el sexo económico; la relación entre cultura oral y mundo de la escritura alfabética, cuya ruptura llevó a la creación del concepto discriminatorio de analfabeta (mientras habría que decir: miembro de una cultura oral); el trabajo fantasma, forma de esclavitud no productiva y no pagada, ilustrada, por ejemplo, por la servidumbre de la mujer en el hogar, o por la fatiga del “*homo oeconomicus*” en los transportes compulsivos diarios (las “migraciones pendulares”); la historia del cuerpo y su percepción íntima; el desarrollo y su ideología destructora de las diversas culturas; la percepción del mundo material (recordando a Gastón Bachelard) y, últimamente, la pérdida de la proporcionalidad como el sentido innato de lo bueno, lo conveniente y suficiente.

El periodo en el que Illich pensaba y actuaba en y desde México quedará como la época de sus grandes críticas de los fundamentos de la economía moderna, plasmadas en libros sucesivos: *Una sociedad sin escuelas*, *Némesis médica*, *Energía y equidad*, *La convivencialidad*. El último de estos libros era el que indicaba más claramente el camino de una alternativa.

Este año, en que deberían plantearse preguntas fundamentales sobre el país que queremos, ¿no convendría releer la obra mexicana (hecha en México y profundamente inspirada en la realidad mexicana) de Iván Illich?